
TECNOLOGÍAS DE INTERVENCIÓN PSICOSOCIAL: UNA INVITACIÓN A SEGUIR CON EL PROBLEMA

PSYCHOSOCIAL INTERVENTION TECHNOLOGIES: AN INVITATION TO STAY WITH THE TROUBLE

Antar Martínez Guzmán¹

Sección: Artículos

Recibido: 09/10/2024

Aceptado: 11/11/2024

Publicado: 18/12/2024

Resumen

El presente artículo reflexiona sobre prácticas y lógicas de acción en lo que suele denominarse intervención psicosocial y sus tensiones con formas de subjetivación propias de los saberes psi en el contexto actual. Discute particularmente dos racionalidades que moldean y orientan estas iniciativas de manera predominante y que se apelan como normalización y potenciamiento. Analiza algunas implicaciones de esas lógicas en la comprensión y definición de las tecnologías de intervención en nuestro contexto. Finalmente, sugiere algunas claves para contribuir a ampliar la discusión sobre la forma en que estas tecnologías operan, la necesidad de cuestionarlas permanentemente y la invitación a seguir con el problema.

Palabras clave: Psicología social, acción social, problema social, cambio social, control social.

Abstract

This paper reflects on practices and action strategies commonly referred to as psychosocial intervention and their tensions with forms of subjectivation distinctive of psi knowledge in the current context. It particularly discusses two rationalities that predominantly shape and guide these practices, named normalization and maximization. The paper also analyzes some implications of these logics in

¹ Profesor e investigador de la Universidad de Colima. Correo electrónico: antarmar@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0003-4074-2327>

understanding and defining intervention technologies in our context. Finally, it suggests some key points to broaden the discussion on how these technologies operate, the need to continuously question them, and the invitation to stay with the trouble.

Keywords: Social psychology, social action, social problem, social change, social control.

Introducción: Las Madejas de Penélope

Los saberes y las prácticas psicosociales tienen la insistente costumbre ponerse a sí mismas como objeto de sospecha, reflexión y discusión. A psicólogas y psicólogos sociales les fascina debatir sesudamente sobre la propia psicología social. Sobre lo que es y no es, lo que debería ser, lo que ha sido y lo que será; si realmente sirve para algo o si está condenada a la inutilidad, si es peligrosa y perniciosa o bien emancipadora y liberadora. Estas discusiones rondan y vuelven recurrentemente en distintos niveles y con variados tonos. Un ejemplo paradigmático puede ser la llamada 'crisis de la psicología social' en los 70 y sus consecuencias; debates que se prolongarían durante algunas décadas sobre la relevancia social, la naturaleza política y las posibilidades metodológicas de la disciplina, poniendo en crisis su propia identidad si es que alguna vez la tuvo. A juzgar por lo que se ve, la crisis llegó para quedarse o, como suele ocurrir en nuestras latitudes, es sencillamente el estado normal de cosas.

Lo cierto es que estas discusiones han ocupado un espacio importante de la mano de contribuciones tan variadas como las de Israel y Tajfel (1972), Gergen (1973), Moscovici (2001) o Martín-Baró (2006), entre muchas otras; pero también de innumerables coloquios, foros y conversatorios que se suceden entre colegas, hasta acaloradas discusiones cantineras. Pablo Fernández Christlieb (2004, p. 36) escribió una vez que a la psicología le gusta inventar la subjetividad para luego ir a descubrirla. Al alero de esta insinuación podríamos añadir que en psicología social hay un gusto por cultivarla y suscribirla para luego cuestionarla y renegar de ella. Esta peculiar condición recuerda la provocación que hiciera Tomás Ibáñez (2001) cuando propuso a Penélope como patrona de la psicología social, una figura que la simboliza especialmente bien puesto que resume ese empeño por deshacer durante la noche la labor que ha realizado durante el día:

A semejanza de lo que le ocurría a Penélope con la tela que tejía, el psicólogo social construye conocimientos que será preciso deshacer algún tiempo después de que hayan sido construidos (...) aunque sea sólo porque no tiene sentido utilizar los mismos materiales y los mismos métodos para realizar una construcción a prueba de los siglos o para realizar un puente provisional. También es conveniente que se adiestre en el ejercicio de deshacer con cierta periodicidad sus propias obras, o las que le han legado sus colegas, aunque sólo sea porque el hecho de confiar en conocimientos que ya son caducos tuerce el camino de la investigación. (p. 218)

De modo que, a sugerencia de Ibáñez (2004), es conveniente que quien se dedique a la psicología social "adquiera la mentalidad de un constructor de obras efímeras" (p. 218). Sin embargo, no hay que olvidar que Penélope tejía y destejía, se implicaba en esa faena laboriosa de hacer y deshacer, con un propósito bien

definido; eludir a los varios pretendientes que la rondaban y prolongar una espera sostenida por la añoranza. En consecuencia, la imagen propuesta por Ibáñez nos conduce razonablemente a preguntarnos: y la psicología social, ¿a qué rehúye o qué está evadiendo?, ¿qué objeto o propósito se esconde en el horizonte de su dilatada espera? En esta escena, también sería posible prestar atención a la función de los hilos y a las madejas, esos materiales que no tenderían a tomarse como protagonistas pero que sostienen la historia y permiten su despliegue.

Una vía posible para aproximarse a estas discusiones –o para evadirlas, según se vea- pasa por preguntarse, no por lo que la psicología social es o debería ser – su fundamento último o el futuro al que debe aspirar-, sino por lo que hace; las formas en que opera, los saberes que produce y los efectos de sus prácticas sobre la vida colectiva y la experiencia subjetiva; prestar atención a la forma en que las madejas se trenzan y destrenzan. Esta es, en todo caso, una vía que aquí nos interesa explorar.

Desde esta perspectiva, tiene poco sentido intentar definir con claridad las fronteras que separarían a la psicología social de otros tipos de psicología o campos de conocimiento. Este abordaje no se preocupa mucho por las parcelas disciplinares, sino por rastrear la manera en que los conocimientos y las prácticas psicológicas (y afines) tienen efectos en las tramas sociales. Busca indagar cómo estos saberes psi -como conjunto disperso y heterogéneo que intenta incidir en la vida subjetiva y el comportamiento- se entraman con estrategias de poder existentes en contextos y momentos históricos determinados (Danziger, 1994; Rose, 1998).

Al menos en este sentido, podemos secundar la famosa sentencia freudiana de que toda psicología es social (Freud, 1921/2001: 67), aunque por distintas razones a las que su autor esgrimiera: lo es porque sus conocimientos intervienen en el devenir colectivo; sus lenguajes median la forma en que individuos y grupos se entienden a sí mismos y se relacionan con otros; permean la cultura y la vida pública, estableciendo modos de ser y hacer, en consonancia con determinadas lógicas y ordenamientos. Los saberes psi son, ya de por sí, tecnologías que operan en diversas escalas de la constitución y regulación de lo social; esto es, tecnologías psicosociales de intervención.

Pero, además, estos saberes reservan dentro de su repertorio conceptual y espectro de intereses un espacio importante a las prácticas con que se pretende incidir de manera deliberada en asuntos públicos en que se considera necesario o deseable tener algún tipo de injerencia; se trata de un conjunto igualmente heterogéneo de modalidades de acción mediada por saberes psi que suele denominarse -con mucha frecuencia y poca claridad- 'intervención psicosocial'. La reflexión aquí propuesta se interesa por indagar sobre estos sentidos de la intervención, sus conexiones y algunos dilemas que plantean en nuestros escenarios.

La idea de intervención como significante que aglutina una diversidad de modalidades de acción, ha sido en general poco examinada, aunque circula como

moneda de uso corriente en todo tipo de contextos y, muy especialmente, en la psicología social y sus formas de aplicación. En otro momento nos hemos referido a la noción de intervención, siguiendo la imagen propuesta por Emanuel Lizcano (2006), como una metáfora zombi; una metáfora muerta-viviente puesto que, aunque ha perdido su aura alegórica, continúa moldeando activa y subrepticamente concepciones de la acción y, como toda catacresis, ha diluido sus efectos retóricos y pragmáticos en el sentido común.

En general, cuando se habla de intervención se hace desde marcos discursivos prescriptivos, desde la lógica del manual; se dictan procedimientos y se ofrecen recetas para actuar. Aquí proponemos aproximarnos a la idea de intervención psicosocial como un problema al que hay que volver recurrentemente, en un ejercicio de hacer y deshacer que evoca las madejas de Penélope. Un cuestionamiento persistente de las lógicas que estructuran sus modalidades de acción, sus consecuencias en los procesos de subjetivación, los subtextos que definen sus direcciones y sentidos. Sin advertirlo o reconocerlo, estas cuestiones participan en los debates y definiciones de lo que la psicología social es y puede hacer en el mundo.

En este texto discutimos particularmente dos grandes racionalidades que subyacen al heterogéneo conjunto de prácticas interventivas en la actualidad. Se trata de modalidades dominantes con que los saberes psi han concebido su acción sobre individuos y colectividades; marcos de comprensión predominantes y ampliamente extendidos que informan y orientan una diversidad de prácticas concretas y que podemos identificar tentativamente a través de las funciones de normalización y potenciamiento. Sabemos de antemano que las formas en que se despliegan las intervenciones psicosociales son ciertamente heterogéneas y muestran una infinidad de matices que quedan fuera del alcance de este texto. Por tanto, se trata de un recorrido limitado y guiado por particulares intereses de investigación que hemos desarrollado durante algunos años.

En cualquier caso, sugerimos que las racionalidades analizadas movilizan en buena medida las prácticas psi en los escenarios contemporáneos y reflejan de algún modo el espíritu de los tiempos a la vez que contribuyen a su definición; establecen discursos de veridicción, disposiciones relacionales, teleologías y temporalidades que nos envuelven y que habitamos. Finalmente, sugerimos algunas claves para problematizar y repensar las prácticas interventivas, no para dirimir dilemas o señalar rutas de salida, sino más bien con el afán de abonar y alimentar la madeja.

Intervención como Normalización

El lienzo Lección clínica en la Salpêtrière de Pierre Andre Brouillet (1887), actualmente expuesto en el Museo de Historia de la Medicina de París, representa una escena que puede servirnos para evocar la lógica con que se funda la noción tradicional de intervención psicosocial en el contexto de la modernidad. De las

lecturas posibles de esta imagen proponemos una donde la protagonista es la mirada. La mirada de un grupo que se posa sobre un cuerpo. Más precisamente, la mirada de un grupo de hombres -ilustres neurólogos europeos con nombre y apellido- cónclave que representa igualmente bien al sujeto que funda la institución clínica moderna y, con ella, el enfoque dominante de intervención en el campo de los saberes psi. La mirada se posa sobre un cuerpo femenino, al parecer inconsciente, fuera de sí, pasivo; una paciente. Y esta figura bien puede representar la frecuente feminización de los objetos de estudio e intervención de la psicología y psicopatología modernas. Esta relación evoca la ecualización de las dicotomías sujeto-objeto y cultura-naturaleza, con masculino-femenino. En el centro del recinto y al costado de la paciente desvanecida observamos al Dr. Jean Martin Charcot (célebre figura del nacimiento de la psicopatología moderna, maestro de Freud), dando una lección a sus congéneres, una cofradía experta que va a explicar para posteriormente intervenir esa patología femenina encarnada: por supuesto, la histeria.

Esa mirada que llena el espacio central del lienzo precede y prefigura una particular forma de acción sobre los sujetos que va a imprimir su esquema en el desarrollo de la intervención psicosocial. La lógica interventiva de las disciplinas psi (su particular disposición de agentes y relaciones) hereda la impronta del modelo bio-médico que se instaura como racionalidad dominante a partir del siglo XIX y, aunque con remiendos y matizaciones, persiste en su lógica hasta nuestros días. Esta lección clínica plantea la intervención como una acción que realiza un agente sobre una situación o un sujeto que se han definidos como problemáticos. La acción está legitimada por el saber experto de los agentes (profesionales, instituciones), y busca remediar un estado de cosas planteado como carente con respecto a unos determinados estándares o corregir a unos sujetos considerados desviados con respecto a ciertos parámetros. Es una operación unidireccional de un sujeto sobre un cuerpo receptivo, dócil, sin conocimiento, con el fin de componerlo o ajustarlo a unos ideales de funcionamiento.

Como se ha argumentado (Rose, 2008; Parker, 2010), los lenguajes y las prácticas que se desarrollan en los siglos XIX y XX prosperan y se hegemonizan en el contexto de las instituciones disciplinarias: la cárcel, el hospital psiquiátrico, la escuela, los complejos militares e industriales. Instituciones que requieren sofisticados programas para gestionar individuos y poblaciones cuyo control es necesario para el adecuado funcionamiento del capitalismo industrial (delincuentes, obreros, locos, mujeres, infancias). La mirada ilustrada que se observa en La lección se expande y serializa, se materializa en la torre central del complejo psi, emulando la función del panóptico que Foucault describiría: arquitectura de poder donde la mirada experta observa sin ser observada, organizando el espacio a través de los vectores de vigilancia, control y ajuste del comportamiento.

En este contexto de desarrollan una multiplicidad de técnicas de inscripción de rasgos psicológicos a sujetos específicos que permitirán que los comportamientos

individuales y colectivos queden sujetos a cálculo y predicción. Las pruebas psicológicas y las técnicas diagnósticas ilustran esta maniobra: asignan puntuaciones y categorías a individuos y poblaciones a través de criterios implícitos o explícitos de normalidad-anormalidad. Aquí, salud mental y bienestar se entienden en términos de ajuste, funcionalidad y productividad en el marco de unos parámetros previamente establecidos.

Así pues, se trata de una lógica de intervención centrada fundamentalmente en la normalización, donde la definición y vigilancia de los contornos identitarios juega un papel clave. ¿Quién eres y cómo debes ser? es la cuestión. Pensemos, por ejemplo, en la psicopatologización de identidades y expresiones sexogenéricas no normativas: la catalogación de identidades y corporalidades trans e intersex como trastornos que deben ser diagnosticados y corregidos, la orientación desviada de los deseos no-heterosexuales que deben ser reorientados en la dirección correcta, o bien la prevención de posibles desviaciones a través de la vigilancia y el disciplinamiento de cuerpos y expresiones. Las tecnologías psi cumplen aquí la función de fiscalizar los contornos y coherencias de la identidad, buscan domesticar el cuerpo y dar forma a los sujetos para integrarles a una inteligibilidad sexogenérica predefinida (Butler, 2007; Johnson, 2015). Se trata, en suma, de dispositivos de subjetivación donde ser 'normal' es la prescripción fundamental dirigida a los integrantes del cuerpo social.

En el ámbito de la intervención psicosocial, esta racionalidad desarrolla un marco discursivo que construye unas determinadas posiciones, establece jerarquías y orienta la acción en ciertas direcciones. Su léxico es amplio e incluye términos que ahora resultan muy familiares y atiborran libros y manuales en la materia, tales como "problema social", "población excluida", "grupos marginadas", "diagnóstico", "función del experto", "evidencia", "factores de riesgo y protección", "indicadores de desarrollo" y "bienestar", entre otros.

En sus concepciones de base –como la propia idea de problema social– se encuentran ya políticas y pragmáticas que re/producen ciertos ordenamientos y configuran escenarios. Marisela Montenegro (2001; 2002) analiza cómo en este contexto se define y determina lo que es digno de injerencia. Los problemas se consideran como hechos dados y auto-evidentes y, por tanto, se reifican ciertas condiciones y sujetos como inherentemente problemáticos. Así, los saberes psi generan una estrategia de legitimación de la propia intervención; discursos científicos y técnicos desplegados para validar determinadas acciones como necesarias para la resolución o corrección. Las estrategias de legitimación no sólo justifican programas axiológicos y prácticos sobre individuos y grupos, sino que también otorgan autoridad –moral y epistemológica– a instancias particulares para definir y tratar problemas.

Al mismo tiempo, los discursos que sustentan la intervención tienen una función de producción de otredad, donde los sujetos destinatarios son identificados como esencialmente diferentes y definidos en términos deficitarios. La otredad configurada como objeto de intervención cataloga a grupos en

necesidad de ser transformados o integrados, y contribuye así a perpetuar particiones que terminan por subordinar y homogeneizar. De modo que, inadvertida o bienintencionadamente, las prácticas interventivas corren el riesgo, con mayor frecuencia de lo que podría parecer, de reproducir el orden social más que de transformarlo.

Además de un léxico, esta racionalidad se desarrolla también un régimen temporal a través de una estructura narrativa; una forma específica de organizar los acontecimientos, de establecer concatenaciones de sucesos, relaciones causa-efecto, secuencias procedimentales (por ejemplo, a través de esquemas como diagnóstico, planificación, aplicación, resolución y evaluación). La temporalidad que despliegan es lineal y uniforme; en sincronía con la teleología de la modernidad occidental, se articula a través de la noción de progreso, que implica un avance paulatino de estados de menor a mayor desarrollo, de lo incivilizado a lo civilizado. Esta temporalidad permite una lógica mecanicista de intervención que puede ser pensada como una suerte de "reingeniería humana". El futuro hacia el que se avanza en esta narrativa es seguro y predecible. Hay razones para confiar en la eventual solución de los desvíos puesto que, si se hacen los ajustes y correcciones necesarios hoy, tendremos los resultados esperados mañana.

La disposición afectiva que predomina en esta modalidad de intervención es un tipo de optimismo que, en palabras de Haraway (2020), podríamos considerar ingenuo. Este optimismo confía porfiadamente en la capacidad de las tecnologías para lograr resultados efectivos en la resolución de problemas, y se acompaña de una cierta soberbia epistemológica que pretende adoptar una perspectiva omnisciente, "el ojo de Dios", para discernir claramente entre lo normal de lo anormal, y los rumbos correctos que debe tomar cada cosa. Aún hoy, a pesar de los esfuerzos por contrarrestar esta lógica a través de estrategias que insisten en fomentar relaciones horizontales, equitativas y recíprocas, estas aspiraciones se ven frustradas las más de las veces por la propia lógica interventiva.

Como ha sido advertido desde diferentes enfoques, esta narrativa de evolución y progreso esconde tras su discurso de desarrollo mecanismos de reproducción del orden establecido y de formas de dominación. Hoy por hoy, ante una realidad planetaria devastada y con sociedades al borde del colapso en tantos aspectos, la promesa del progreso se muestra a todas luces fallida y la confianza en esta forma de racionalidad tecnocientífica ha sido puesta en tela de juicio por diversos tribunales académicos, aunque tales embates han sido insuficientes para erradicarla o transformarla significativamente.

Después de tanta psicología crítica y deconstruccionismo corridos bajo el puente, podría pensarse que esta racionalidad no es sino un anacronismo superado y, sin embargo, no sólo persiste, sino que parece tomar nuevos bríos. Ciertamente, se ha anclado en el *modus operandi* de las instituciones y se ha convertido en un socorrido sentido común en numerosas prácticas de gremios profesionales y organizaciones sociales. Se trata de un esquema masificado que facilita la burocratización de la acción (puede operar en cascada desde las agencias

internacionales hasta las organizaciones comunitarias, pasando por entidades institucionales). Pero también ha diversificado su léxico y ampliado sus estrategias, asimilando nociones de provenientes de perspectivas críticas como el feminismo y el trabajo comunitario; nociones como empoderamiento y participación son ahora elementos que se contemplan en un programa estandarizado.

Más aún, el reforzamiento de la lógica interventiva para la normalización parece estar en sintonía con el retorno de discursos esencialistas y reaccionarios, por ejemplo, con respecto al género, la sexualidad o las relaciones raciales y de clase. Es posible observar esto en el auge de sensibilidades de extrema derecha alrededor del globo y, particularmente, en sectores donde circulan discursos de odio a través de retóricas científicas. Pero también se advierte en prácticas posicionadas en el ámbito psicosocial que añoran la autoridad del diagnóstico, la superioridad epistemológica y moral de la figura experta, y la devoción a la competencia técnica, que a menudo sirve para sacudirse las molestas preguntas sobre las racionalidades y las tramas de poder que articulan nuestras formas de hacer.

Intervención como auto-potenciamiento

Si bien la función de normalización constituye la base sobre la que se fundan muchas prácticas de intervención, en las últimas décadas hemos observado un giro o ampliación en la forma en que operan los saberes psi en nuestras sociedades; en el tipo de estrategias de gubernamentalidad que despliegan y en el modo en que se hacen funcionales a los mecanismos de subjetivación que predominan en nuestros días. Aunque paulatino y con superposiciones, se observa un movimiento que va de una lógica de la normalización a otra que podríamos llamar de potenciamiento o maximización. Este proceso ha sido teorizado como el cambio que ocurre de las sociedades disciplinarias –propias de la modernidad industrializada– hacia una configuración más neoliberal en el contexto del capitalismo tardío.

Una característica central de este escenario es la extensión de la lógica del mercado a todas las esferas de la vida; coloniza las dimensiones sociales y personales, y se convierte en el propio fundamento de las estrategias de gestión y gubernamentalidad (Castro, 2015). En este contexto, los saberes psi y sus formas de operación ya no se asocian solamente a las políticas públicas y a la regulación institucional sobre los sujetos considerados problemáticos para la función de gobierno, sino que ahora está profundamente atravesada –y también prolongada hacia– los mecanismos del mercado. Esta nueva racionalidad insta una particular ontología social: la sociedad de la empresa y el capital humano. Y también una particular epistemología donde los mecanismos económicos se vuelven las instancias de veridicción y juicio: la razón asentada en una supuesta naturaleza psicológica que dictaba unos rigurosos y estrechos criterios de normalidad cede lugar a una razón fincada en el éxito, la productividad y el utilitarismo como criterio de legitimidad.

Aquí las tecnologías psicológicas ya no buscan controlar a los sujetos a través del disciplinamiento externo de sus identidades y la reinserción a unas normas institucionales rígidas, sino dirigir su conducta contando con su aprobación y con su activa implicación. Esta forma de subjetivación requiere sujetos activos e integrados al juego de la competitividad y el éxito; individuos autónomos comprometidos con el potenciamiento permanente de su propio self como capitales que hay que gestionar y maximizar en un entorno controlado por las lógicas mercantilistas. Su propósito es, en buena medida, la autorregulación de los sujetos: lograr que hagan coincidir sus propios deseos, esperanzas, decisiones y estilos de vida con objetivos fijados de antemano. Para ello, es necesario el uso estratégico de la idea de libertad de los sujetos gobernados: más que la vigilancia y la coacción externa (del psiquiatra o el policía), se busca que los comportamientos dirigidos sean vistos como deseables, convenientes y, sobre todo, como propios.

En este escenario observamos un progresivo abandono de las formas burocráticas institucionales, a favor de una apelación a la iniciativa personal y al espíritu emprendedor de los individuos. Las intervenciones psi se reinventan como tecnologías de la oportunidad, del emprendimiento y del autogobierno. El objeto de intervención ya no es un cuerpo pasivo y dócil, sino un sujeto activo (hiperactivo, incluso), que debe mostrar iniciativa para inventarse e intervenir a sí mismo. Estos dispositivos tienen como consecuencia el descrédito de las prácticas orientadas por la empatía, la solidaridad y el apoyo mutuo. Con el horizonte de un sujeto que ha de bastarse a sí mismo, se desprestigian los vínculos colaborativos y de dependencia. Las relaciones sociales se pasan por el prisma de su valor de mercado; se redefinen a través de su función instrumental con respecto a los objetivos personales y se inscriben en marcos de competencia.

El sujeto de esta racionalidad es un 'empresario de sí' cuya intervención tiene sentido en tanto se orienta a maximizar su capital a través su espíritu de originalidad, adaptabilidad y autodisciplina, instigándole a volverse (cada vez) mejor y más productivo, a través de nociones como la de 'superación personal'. Aquí la escena predominante ya no es la rígida lección de clínica -con una clara separación de actores, agencias y dirección de la acción- sino aquella que se resume en la figura del coaching; programas que buscan definirse en función de su flexibilidad y adaptabilidad, con relaciones dinámicas entre coach y coachee, y con un enfoque personalizado orientado a maximizar el potencial individual y mejorar habilidades de autogestión para alcanzar metas de éxito en el trabajo y en la vida en general.

La cuestión central en este escenario no es limitar y ajustar sino extender e integrar a regímenes de productividad. La relación que estas tecnologías establecen con la identidad es más de maximización y capitalización que de ajuste y normalización. La racionalidad neoliberal no tiene reparo en reconocer e incluso en estimular la proliferación de identidades, en tanto puedan ser acopladas a las lógicas del mercado. La diversidad de identidades sexogenéricas, por ejemplo, se

celebra siempre se inscriban en los flujos de mercantiles de novedad y consumo; las experiencias subjetivas se individualizan en una suerte de marcas personales que se exhiben en un espacio social saturado de opciones para autodefinirse. Aquí, la fluidez y la transgresión de fronteras son gestionados de tal forma que uniformizan el espacio público en una superficie lisa del consumo y exhibición cosificante.

Las formas de intervención que sitúan en este marco con frecuencia contribuyen a la asimilación y manipulación de sujetos y comunidades disidentes. Pasan de ser meramente marginalizados o controlados coercitivamente, a ser incorporados como objetos de administración, convertidos en grupos vulnerables y supeditados a políticas de tolerancia e inclusión. Sujetos que otrora fueran concebidos como peligrosos y amenazantes para el orden social (con frecuencia aislados y patologizados), son ahora reconocidos por el Estado y por el mercado, aunque de forma interesada. Los cuestionamientos que hacen los sujetos disidentes (movimientos feministas, disidencias sexogenéricas, sectores racializados) a las estructuras de desigualdad y violencia, tienden a ser reducidos a proyectos de crecimiento y 'empoderamiento' individual. Este giro psicologiza y, por tanto, privatiza y despolitiza las experiencias disidentes y subalternas.

Pero quizá el ejemplo más prototípico de esta racionalidad lo encontremos en el "giro felicitarario" (Ahmed, 2021) que ha permeado los saberes y prácticas psi durante las últimas décadas. En tanto tropo psicológico, la felicidad se vuelve aquí una suerte de capital psicosocial y una meta a la que debe aspirarse activamente como criterio de desarrollo personal pero también de prosperidad social. De acuerdo Ahmed, en estos discursos la felicidad opera como una meta que nunca se alcanza del todo y que debe perseguirse continuamente a través la elección de ciertos estilos de vida, incitando a una implicación social y afectiva permanente con respecto a una promesa que permanece en el futuro. Estas tecnologías se preocupan menos por quién eres o cómo debes ser, y más por ¿qué sientes y cómo hacer sentir? Se trata de modalidades menos enfocadas en políticas identitarias y más en intensidades afectivas.

Estas tecnologías de intervención ya no están centralizadas en las instituciones que monopolizaban la experticia (clínicas, laboratorios, universidades), sino que se dispersan en las más diversas esferas sociales y en los espacios de la vida cotidiana (p. ej. cultura de la autoayuda, medios de comunicación, redes sociales). Se observa un desplazamiento de la tutela autoritaria y vertical del experto al apremio del "hágalo usted mismo"; del despacho clínico a los dispositivos móviles. Así pues, las prácticas psicosociales se ven de pronto absorbidas y articuladas con modos de organización más distribuidos y reticulares, que poco tienen que ver con esas estructuras burocráticas anquilosadas de las instituciones, y se parecen más a una red tentacular, a una telaraña heterogénea de tecnologías de todo tipo, pero conectadas todas a la gran mónada financiera e informacional del capitalismo tardío.

En el léxico de esta racionalidad proliferan términos como liderazgo, competitividad, autorrealización y autoemprendimiento. Su particular estructura narrativa está organizada en términos de crecimiento permanente. El sujeto se enfrenta a la tarea del desarrollo sin límites, en un medio ambiente caracterizado por la competencia, donde el éxito depende de la continua expansión del yo como capital principal. Los verbos típicos de la cultura neoliberal –proliferar, maximizar, potenciar, optimizar- remiten a una acción que siempre está volcada hacia delante, hacia un futuro indefinido, que nunca termina de acontecer totalmente. En contraste con el futuro predecible y seguro de las tecnologías de la normalización, éste es un futuro más bien incierto, nunca garantizado y, por ello, nociones como resiliencia tienden volverse populares. Así, esta narrativa tiende a generar finales abiertos e indeterminados, a buscar clímax continuos en un relato que se extiende permanentemente. En consonancia con las formas de expansión del capitalismo tardío, es un relato que no encuentra cierre, no puede dejar de perpetuarse. Se parece más a las series de interminables capítulos y temporadas que pululan en las plataformas de streaming que a las narrativas heroicas clásicas que concluyen con la conquista de una meta y con el orden restablecido.

Esta racionalidad se refleja de distintas maneras en las tecnologías de intervención psicosocial. En la actualidad, es difícil que las iniciativas de trabajo comunitario, los proyectos de organizaciones sociales y las políticas de sectores institucionales logren evadir estos modelos y con frecuencia se ven obligados a articularse a través de sus gramáticas. El tipo de intervención que aquí se despliega está permeada por las lógicas gerenciales de la administración empresarial, que se extrapolan para dirigir y gestionar los más distintos ámbitos de la vida pública, con un particular foco en la salud mental y en los malestares psicosociales. Adquiere la forma del management, dispositivo que se vuelve común tanto en espacios gubernamentales como en organizaciones sociales, cuya modalidad representativa podría ejemplificarse con la figura de la consultoría.

La disposición afectiva que predomina aquí es una suerte de narcicismo ansioso; la de un sujeto que vive permanentemente al acecho de oportunidades de auto potenciamiento para mantenerse vigente; con la sensación recurrente de que algo se le puede estar escapando; algún aspecto de la propia personalidad que aún se puede deconstruir, alguna una nueva forma de autorrealización que se puede alcanzar. Toda identidad se ve sujeta a la posibilidad de sustitución por una alternativa más genuina o liberadora que promete salvar del encorsetamiento y el fracaso con respecto a la responsabilidad individual del éxito. De forma paralela, es preciso que en el ámbito académico y profesional de la intervención psicosocial se propongan “giros” sofisticados y estrategias innovadoras que se alineen con los principios de la vanguardia y la originalidad.

Inter-venir entre nudos. Seguir con el Problema

En el paisaje que observamos hoy estas dos grandes racionalidades que orientan la intervención y acción psicosociales se entretajan y anudan de maneras obtusas y con frecuencia inextricables. En la escena actual coexisten tecnologías psi tanto de normalización autoritaria como de asimilación mercadológica; no se excluyen ni se sustituyen, sino que se entranan y superponen. Operan, además, en escenarios paradójicos y contradictorios: por un lado, proliferan intervenciones orientadas por nociones como bienestar, inclusión, igualdad, diversidad y la realización personal; por el otro, se exacerbaban las formas de violencia, de precariedad y de exclusión tanto en el espacio público, pero también en formas de gubernamentalidad más estructuradas. Así, las tecnologías de intervención psicosocial parecen moverse en medio, entre formas de biopolítica y necropolítica que se entrecruzan.

Nos encontramos, por tanto, ante el desafío de cuestionar los aún vigorosos poderes de la normalización despótica (p. ej. la psicopatologización de las disidencias, el control institucional de identidades) y, al mismo tiempo, generar formas de acción que no sean súbitamente absorbidas por la lógica del mercado y la individualización neoliberal. Por un lado, contamos con Estados fuertemente policiales (en el sentido más literal de la palabra), pero también con una suerte de policía psicológica interna e interpersonal, extendida y popular, que orienta la voluntad individual hacia la extenuante tarea de la competencia y la capitalización del yo. La acción psicosocial parece bordeada por modalidades dominantes de intervención que tienden a sofocar las capacidades de acción política colectiva y transformadora.

Ante este panorama más bien aciago, la disposición afectiva que campea suele ser la actitud cínica: un "cinismo amargo", dice Haraway (2020), que cree saber lo suficiente para llegar a la conclusión de que no hay nada que hacer, de que cualquier iniciativa está condenada de antemano. No es difícil encontrar en los pasillos de la psicología social a colegas que participan (incluso militan) de este ánimo. A menudo acusan con arrogancia -y a veces con razón- de ingenuas a las iniciativas psicosociales orientadas a la transformación; señalan con sarcasmo la sensación de 'superioridad moral' de los sujetos interventores, pero en el acto instalan la propia. A decir de Peter Sloterdijk (2003), este cinismo prosaico del mundo contemporáneo, difuso y sin esperanza, es propio de nuestras fatigadas sociedades; ya no busca desvelar y exhibir los mecanismos invisibles de los aparatos, sino disolver y descartar cualquier tentativa. Según el autor, este cinismo tiene claro que los tiempos de la ingenuidad han pasado y se instituye como la forma más extendida que tiene las personas ilustradas 'de comprobar que ellos no son los tontos': "El cínico moderno es un integrado antisocial que rivaliza con cualquier hippy en la subliminal carencia de ilusiones" (p.39).

Aunque ésta pueda parecer posición tentadora ante un paisaje desesperanzado, quienes nos hemos involucrado y participamos de formas de acción psicosocial que caerían dentro del saco que llamamos intervención, no podemos sino retornar una y otra vez a los nudos y enredos que estas prácticas

nos plantean; a interrogar sus formas y sentidos, a advertir las arenas movedizas en que estos proyectos navegan continuamente. Es necesario preguntarnos lo que buscamos hacer a través de tecnologías psicosociales para transformar el orden social, pero también lo que el orden social hace con nuestras intenciones y tentativas. Reconocer que los dispositivos interventivos contribuyen a generar subjetividades determinadas, pero que estas, a su vez, suelen desbordar y exceder los parámetros de dichos dispositivos, creando formas de confrontación y líneas de fuga. ¿Cómo podemos, entonces, contribuir a deshebrar los modos establecidos intervención psicosocial, embrollar la madeja y complicar la trama para imaginar otros tejidos? Sin afán de proponer soluciones definitivas o establecer direcciones fijas, podemos considerar algunas claves para discutir las redes simbólicas que ordenan estas prácticas en nuestro contexto y quizá imaginar entrelazamientos en direcciones diferentes. Siguiendo la sugerencia de Lupicinio Íñiguez Rueda (2007), es posible reorientar los caminos hacia formas no reificantes de conocimiento e integrar herramientas teóricas y metodológicas para ampliar las discusiones sobre los asuntos que nos inquietan.

Un punto de partida es señalar las formas de psicologización en el marco de muchas formas de intervención psicosocial. Formas penetrantes de atomización de la subjetividad; un legado de la construcción del self psicológico que ahora bulle de manera exacerbada en la llamada "cultura terapéutica" (Illouz, 2010; Papalini, 2014). Este contexto fomenta estrategias discursivas que asimilan términos provenientes de perspectivas críticas, como 'deconstrucción' transformándolos en instrumentos de autovigilancia y superación. Simultáneamente, este escenario facilita el resurgimiento de determinismos y esencialismos recargados, nostálgicos de las formas de control psi de la modernidad y de los reduccionismos universalizantes que ordenan y segregan con soberana potestad.

Sin embargo, volver la mirada hacia lo común con frecuencia conlleva el riesgo de uniformizar e idealizar rápidamente a los sujetos sociales. Términos como comunidad y grupos vulnerables -a los cuales se pretende "dar voz" o hacer participar- conducen a reinstalar esquemas rígidos y jerárquicos. Evadir la reificación de sujetos predefinidos y monolíticos en el desarrollo de la acción para por reconocer que la relación entre los agentes de una red no es de identidad; no es un equipo homogéneo y unitario, con relaciones democráticas y horizontales por decreto de manual. Por tanto, conviene no saber de antemano qué papel desempeñamos o qué lugar podemos ocupar; no tener predefinido qué forma adquiere lo común y qué devenires colectivos nos esperan. Como nos recuerdan Eduardo Almeida y Ma. Eugenia Sánchez (2005), se trata de andar las veredas de la incertidumbre, caminos conjuntos pero accidentados, sembrados de conflictos y contradicciones, pero también de deseos compartidos y horizontes comunes, en "una dinámica de abismos que no se cierran, pero de puentes que los cruzan" (p. 465).

La idea de articulación puede apuntar en este sentido (Romero y García Dauder, 2002; Montenegro, et al., 2014); vínculos y conexiones parciales desde la

heterogeneidad y la diferencia, que posibilitan accionar en colectivo sin necesidad de la asimilación o subordinación a una identidad común. Figuras que nos apartan de las tecnologías psicologizantes y permiten reconocer la heterogeneidad de agencias (humanas y no humanas) que se entretajan para posibilitar la acción. En este sentido, podría repensarse la idea de intervención como una forma implicarse o involucrarse en tramas heterogéneas y móviles o, siguiendo sus raíces semánticas, como un venir entremedio o devenir entre.

Otra clave en esta exploración nos conduce a advertir que las preguntas sobre cómo hacemos y hacia dónde nos dirigimos, son exploraciones arraigadas en tramas temporales. Las formas de la acción implican ciertas políticas de temporalidad: secuencias y acontecimientos están entramados narrativamente, lo que implica una determinada inteligibilidad y una comprensión de su oportunidad, su desarrollo, sus causas, secuencias y consecuencias (Ricoeur, 2003). Pasado, presente y futuro están implícitos como categorías que articulan la acción y sus sentidos. Como hemos sugerido, las tecnologías psicosociales de intervención buscan integrar a los sujetos en regímenes temporales específicos; establecen formas de normalización a través de ritmos fijos y futuros predefinidos, o bien intensifican el presente anticipando futuros inciertos y propician una cultura de supervivencia a través de la competencia permanente. En paralelo, las propias discusiones sobre la psicología social y sus rumbos apuntan a diferentes direcciones temporales; desde la nostalgia por restaurar un pasado glorificado, pasando por la imaginación de una psicología del futuro aún inexistente, hasta el apremio por abordar problemas urgentes de manera expeditiva, sin demorarse en elucubraciones rocambolescas.

En términos generales, los cambios se piensan y las discusiones se orientan a través de una lectura lineal, tética y progresiva; un estado sucede a otro en términos evolutivos, de modo que la producción de pensamiento y la organización de la acción funcionan como una sucesión de "ismos", "giros" o políticas que parece que se van superando y sustituyendo (p. ej. de la biopolítica a la psicopolítica, del giro discursivo a uno afectivo o posthumanista). Esta lectura obedece a la aspiración de generar diagnósticos taxativos y fijar rumbos claros para la acción y para los fundamentos que la orientan. Este esquema narrativo hace juego al paradigma académico productivista que valora novedades, léxicos en boga, giros sofisticados y retóricas de tendencia. De manera precipitada y grandilocuente, otorga certificados de defunción a paradigmas o realidades, y propone una nueva "punta de lanza".

Sin embargo, distintas racionalidades de producción de conocimiento y de regulación de la acción imprimen a la experiencia diferentes temporalidades que se superponen y se entrelazan. La velocidad y fragmentación de las sociedades altamente tecnologizadas no sólo coexiste con, sino que depende del trabajo largo y extenuante que ocurre en perímetros bien localizados, en condiciones que parecen no haber cambiado desde el inicio de la explotación colonial. Estas

temporalidades se remiten mutuamente; la punta de la lanza no puede ser comprendida sin los cabos que la propulsan y los deshechos que deja a su paso.

De modo que conviene cuestionar el esquema temporal con que se articulan las formas de intervención y las lógicas de transformación social, pero también con que se conciben las propias herramientas y análisis psicosociales al respecto; propiciar una lectura de temporalidades que se entrelazan y enmarañan, otra vez, como una madeja. La idea de multitemporalidad propuesta por la socióloga andina Silvia Rivera Cusicanqui (2018) nos ofrece una clave útil para alimentar esta lectura de nudos y superposiciones donde, según la autora, se entraman diferentes ciclos políticos, capas cronológicas y formas de memoria (e. g. el ciclo de la colonialidad, el de las formas liberales e identitarias, las lógicas de aceleración y fragmentación neoliberal, pero también la memoria larga de las luchas indígenas anticoloniales). Esta lectura nos exige no desviar la mirada de las miserias añejas y vetustas que continúan aquí; las vigentes formas de explotación y violencia que, no obstante, resulten aburridas para el esquema de la novedad académica, sostienen y posibilitan las formas más sofisticadas de poder. Nos permite además constatar, tanto epistemológica como pragmáticamente, que los problemas que nos ocupan en efecto se despliegan a velocidades diferentes, nos entraman en distintos ritmos y reclaman, en consecuencia, diferentes formas de acción.

En línea con este hilo, Steve Brown y Paul Stenner (2009) advierten que el intento de la psicología social por hacer algo en el mundo con frecuencia termina en la tentación de clausurar la discusión con una solución definitiva, una refundación que permitiría –ahora sí– encontrar las bases firmes para sustentar un saber o un hacer indisputable. En las recurrentes discusiones sobre su rumbo circulan distintas respuestas; ya sea recuperar las convicciones originarias y redoblar esfuerzos para establecer una base sólida para la disciplina, reinventarla por completo y orientarla hacia lugares inexplorados, o considerarla desahuciada y abandonar el proyecto definitivamente. En cualquier caso, prevalece la insistencia en trazar un rumbo fijo y dirimir la cuestión. Sin embargo, es probable que este intento de dar respuestas categóricas y establecer de fundamentos últimos obstaculice, en lugar de facilitar, el abordaje de problemáticas que nos aquejan y la comprensión misma de lo psicosocial.

Los autores sugieren entonces peregrinar por caminos abiertos a replanteamientos y reconstrucciones permanentes de las formas en que conocemos y hacemos. Para hacerlo, plantean una alegoría de la psicología social a través del clásico de Herman Melville, *Moby Dick*, una novela psicológica que gira en torno al perenne empeño humano por emprender tareas, alcanzar metas y engancharse en proyectos que a veces parecen inalcanzables. La historia narra la obsesiva caza del capitán Ahab de un gran cachalote blanco; travesía que culmina en una confrontación épica donde la ballena se escabulle, la nave naufraga y casi toda su tripulación perece. Ishmael, único sobreviviente de la empresa fallida y narrador de la peripecia, se ve enfrentado en ese momento ante múltiples alternativas: ¿qué hacer ahora?, ¿iniciar la búsqueda de nuevo, abandonarla,

replantear el objetivo? Ante disyuntivas psicosociales similares, proponen una fundamentación por desplazamiento; una permanente interrogación sobre los propios fundamentos del conocimiento y la acción, en función de los fenómenos que vamos persiguiendo, de los cambiantes problemas que nos atañen y nos preocupan. Un itinerario sin fundamentos últimos y terminantes, dispuesto a perseguir las diferentes formas, a veces impredecibles, que tomará aquello que llamamos psicosocial. Una "función-Ishmael" que no se interesa por concluir de una vez por todas la tarea, sino que se ocupa de "seguir a la ballena, a donde nos lleve, sin cesar" (2009, p. 5).

En esta ruta, quizá una tarea fundamental sea, no sólo buscar resolver problemas, sino generarlos; generar otros problemas, distintos a los heredados, problematizar de forma tal que sean posibles otras formas de acción que nos orienten a horizontes diferentes y seguramente cambiantes. Cuestionar la reificación de los problemas y de los sujetos problemáticos; las racionalidades que articulan y conducen la acción, las lógicas con que se implementa y las temporalidades que despliegan. Como se puede advertir, es una tarea un tanto condenada en tiempos donde campean la celebración de la efectividad y el optimismo; o bien el desencanto y el cinismo (qué caso tiene si siempre hay que volver a empezar, además qué flojera). Tampoco se lleva bien con las lógicas burocráticas que buscan reportar resultados contundentes y cumplir metas para dar carpetazo a los asuntos.

Ante este panorama, podemos evocar la invitación que hace Haraway a "seguir con el problema" y traerla al campo de las tecnologías de intervención y sus dilemas. Según la autora, frente a los horrores del Antropoceno y el Capitaloceno, hay dos respuestas comunes. Por un lado, la fe (cómica dice ella) en las soluciones tecnológicas; que en el ámbito psicosocial podemos traducir a la confianza en el progreso de tecnologías psi que terminarían por rescatarnos de las catástrofes sociales y humanas (que en parte producen). Una postura optimista, como la temporalidad moderna. Sin desestimar que haya herramientas útiles en problemas y contextos específicos, creer que las tecnologías psi ofrecen una vía de salvación ante los problemas apocalípticos que se vislumbran es, retomando sus palabras, una "conmovedora estupidez". La otra respuesta es más difícil de descartar y quizá aún más paralizante: dar por terminado el juego, pues parece ya demasiado tarde para intentar cualquier cosa. Ese "cinismo amargo" argumentaría que desde el ámbito psicosocial no hay nada que hacer porque, o bien es una suerte de divertimento académico interesante pero superfluo; o bien porque no puede sino empeorar las cosas, pues el remedio resulta peor el que la enfermedad.

Pero es posible rehuir estas posiciones anquilosadas y seguir con el problema. Ni resolverlo ni desecharlo, sortear los caminos cerrados y "aprender a estar verdaderamente presentes, no como un eje que se esfuma entre pasados horribles o edénicos y futuros apocalípticos o de salvación, sino como bichos mortales entrelazadas en miríadas de configuraciones inacabadas de lugares, tiempos,

materias, significados". (p. 20). En palabras de la autora, para seguir con el problema es necesario:

generar parentescos raros: nos necesitamos recíprocamente en colaboraciones y combinaciones inesperadas (...) Devenimos-con de manera recíproca o no devenimos en absoluto. Este tipo de semiótica material es siempre situada, en algún lugar y no en ningún lugar, enredada y mundana. A solas, desde nuestras maneras distintivas de experiencia y pericia, sabemos a la vez demasiado y demasiado poco, y así sucumbimos a la desesperación o a la esperanza. Ninguna de las dos es una actitud sensata. Ni la desesperación ni la esperanza están en sintonía con los sentidos, ni con la materia consciente, la semiótica material o los terrícolas mortales en densa copresencia. (p. 24)

De modo que, antes de ofrecer soluciones y rutas de salida a los entresijos que nos plantea la acción y la intervención psicosocial, antes de condenarla y abandonarla del todo, o establecer los fundamentos definitivos que la salvarían de sus contradicciones, parece más justo y quizá más interesantes mantener la disposición de implicarse en ella, al mismo tiempo que continuar labor de interrogarla y dismantelarla, a la manera de la red que se teje y se desteje. Una disposición a enhebrar y desenredar las formas en que hacemos y deshacemos, pero también a la búsqueda incesante -desafiante y espinosa- de un proyecto igualmente necesario y elusivo.

REFERENCIAS

- Ahmed, S. (2021). *La promesa de la felicidad: Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra.
- Brown, S., & Stenner, P. (2009). *Psychology without foundations: History, philosophy, and psychosocial theory*. Sage Publications
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Castro, S. (2015). *Historia de la gubernamentalidad I: Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. (Vol. 2). Siglo del hombre editores.
- Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo Ch'ixi Es Posible: Ensayos Desde un Presente en Crisis*. Tinta Limón.
- Fernández Christlieb, P. (2004). *El espíritu de la calle: Psicología política de la cultura cotidiana*. Anthropos Editorial.
- Danziger, K. (1994). *Constructing the subject: Historical origins of psychological research*. Cambridge University Press
- Freud, S. (2001). *Psicología de las masas y análisis del yo* (vol. XVIII). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).

- Gergen, K. (1973). Social psychology as history. *Journal of personality and social psychology*, 26(2), 309.
- Haraway, D. (2020). Seguir con el problema: Generar parentesco en el Chthuluceno (vol. 1). Consonni.
- Ibáñez, T. (2001). *Psicología social construccionista*. Universidad de Guadalajara. (Trabajo original publicado en 1994).
- Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna: terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*. Katz editores.
- Íñiguez, L. (2007). Nuevos debates, nuevas ideas y nuevas prácticas en la Psicología Social de la era "post-construccionista". *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, 17(50), 523-534.
- Israel, J., & Tajfel, H. (1972). *The Context of Social Psychology: A Critical Assessment*. Academic Press.
- Johnson, K. (2015). *Sexuality: A psychosocial manifesto*. John Wiley & Sons.
- Lizcano, E. (2006). *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Traficantes de Sueños.
- Martín Baró, I. (2006). Hacia una psicología de la liberación. *Psicología sin fronteras: revista electrónica de intervención psicosocial y psicología comunitaria*, 1(2), 1.
- Montenegro, M. (2001). Conocimientos, agentes y articulaciones: una mirada situada a la intervención social. *Athenea digital: revista de pensamiento e investigación social*, 1, 17.
- Montenegro, M. (2002). Otredad, legitimación y definición de problemas en la intervención social: Un análisis crítico en *Institut Català de Cooperació Iberoamericana (Ed.), Tendencias actuales en investigación social* (pp. 265-277). Institut Català de Cooperació Iberoamericana.
- Montenegro, M., Rodríguez, A., y Pujol, J. (2014). La Psicología Social Comunitaria ante los cambios en la sociedad contemporánea: De la reificación de lo común a la articulación de las diferencias. *Psicoperspectivas*, 13(2), 32-43.
- Moscovici, S. (2001). *Social representations: Essays in social psychology*. Nyu Press.
- Papalini, V. (2014). *Culturas terapéuticas: de la uniformidad a la diversidad*. Methaodos. *Revista de ciencias sociales*, 2(2), 212-226.
- Parker, I. (2010). *La psicología como ideología. Contra la disciplina*. Catarata.
- Ricoeur, P. (2003). *Tiempo y narración. III: El tiempo narrado* (vol. 3). Siglo XXI.
- Romero, C., y Garcia Dauder, S. (2002). Rompiendo viejos dualismos: De las (im)posibilidades de la articulación. *Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social*, 1(2), 42-61.
- Rose, N. (1998). *Inventing our selves: Psychology, power, and personhood*. Cambridge University Press.
- Rose, N. (2008). Psychology as a social science. *Subjectivity*, 25, 446-462.
- Sloterdijk, P. (2003). *Crítica de la razón cínica*. Siruela.



Este trabajo está sujeto a una [licencia internacional Creative Commons Attribution 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/)